

MARLENE WIND

LA
TRIBALIZACIÓN
DE EUROPA

Una defensa
de nuestros valores
liberales


ESPASA

MARLENE WIND

LA TRIBALIZACIÓN DE EUROPA

Una defensa de nuestros valores liberales



Título original: *The Tribalization of Europe*

© Marlene Wind, 2019

© Albino Santos, por la traducción, 2019

© Editorial Planeta, S. A., 2019

Espasa es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664

08034 Barcelona

Preimpresión: Safekat, S. L.

Depósito legal: B. 6.818-2019

ISBN: 978-84-670-5242-8

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Espasa, en su deseo de mejorar sus publicaciones, agradecerá cualquier sugerencia que los lectores hagan al departamento editorial por correo electrónico: sugerencias@espasa.es

www.espasa.com

www.planetadelibros.com

Impreso en España/*Printed in Spain*

Impresión: Black Print

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

ÍNDICE

PREFACIO	9
INTRODUCCIÓN	13
1. COMUNIDADES IMAGINADAS Y POLÍTICA IDENTI- TARIA	25
2. LA TRIBU DE LA INDEPENDENCIA CATALANA	37
3. POR QUÉ EL <i>BREXIT</i> SOLO ES UNA FORMA MÁS DE TRIBALISMO	49
4. EL GIRO TRIBAL EN LA EUROPA CENTRAL Y DEL ESTE	59
5. ¿A QUIÉN LE IMPORTA LA DEMOCRACIA?	71
6. ¿QUIÉNES SON EL PUEBLO?	81
7. EL FANTASMA CATALÁN	89
8. ¿DEMOCRACIA SIN LÍMITES?	99
9. ¿SON DEMOCRACIAS LAS DEMOCRACIAS ILIBERA- LES?	113
10. POR QUÉ LOS LIBERALES ESTÁN CADA VEZ MÁS A LA DEFENSIVA CUANDO NO DEBERÍAN ESTARLO ...	125
NOTAS	135
BIBLIOGRAFÍA	151
ÍNDICE ONOMÁSTICO	165

1

COMUNIDADES IMAGINADAS Y POLÍTICA IDENTITARIA

«**H**emos hecho Italia. Ahora tenemos que hacer a los italianos». Esta famosa frase aparecía en las inacabadas memorias del estadista y escritor italiano Massimo d'Azeglio (1798-1866). D'Azeglio desempeñó un importante papel en la unificación de la península italiana (un proceso que no concluiría oficialmente hasta el año 1870). Al poner de relieve que la creación de un Estado unificado con una autoridad formal no era más que un primer paso, también estaba admitiendo que lo que quedaba por hacer era lo más difícil: la creación de un pueblo italiano... y de una identidad común. Lo provocador de aquella frase para muchos nacionalistas —y estudiosos— posteriores es que, de ese modo, D'Azeglio venía a decirnos que la identidad no es algo que «esté ahí» ya dado, listo para ser extraído del terreno, por así decirlo, sino que debe ser creada, y, en muchos casos, creada desde arriba, por las élites.

El historiador y politólogo británico Benedict Anderson¹ retomó aquellos argumentos de D'Azeglio en

un importante libro, *Comunidades imaginadas: Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*. Allí mostró de forma mucho más sistemática cómo las identidades y los pasados históricos son inevitablemente invenciones dirigidas a la consecución de algún propósito. Las comunidades siempre han sido cosas «imaginadas» y modeladas en la mente de las personas, narradas en relatos y en encuentros en los que se han ido pasando de unas generaciones a otras. En la Europa de los siglos XVIII y XIX, se crearon y se fomentaron unas identidades *nacionales*, obra de unas élites que, muy a menudo, tenían sus propios intereses explícitos para dar forma a ciertas costumbres, identidades y modos de entender comunes característicos de una comunidad concreta.

Anderson consideró particularmente esencial el auge de la tecnología impresa y de los sistemas educativos para la creación de una «profunda camaradería horizontal» en los procesos de construcción nacional en Europa. Las identidades eran creadas socialmente, pero —y aquí radica su verdadera importancia— se vivían como auténticas.

Como Anderson y la legión de historiadores y políticos a los que inspiró, hoy son muchos los que reconocen que las divergentes identidades nacionales han sido conformadas y alimentadas por los respectivos sistemas educativos a través de un indisimulado ejercicio de construcción nacional. En muchos casos, la finalidad inicial de esa formación era convencer a los jóvenes para que no dudaran en ir a la guerra a servir a un fin

superior². Las familias tenían que sacrificar a muchos de sus hijos sin recibir nada a cambio, y los gobernantes sabían que aquellas solo atenderían tal requerimiento si lograban que prendiera en ellas un ideal que trascendiera de algún modo su propia existencia terrenal: el ideal de la nación. Joseph Weiler lo ha descrito muy bien: «El colectivo (nacional) trasciende la vida de cualquier individuo y otorga automáticamente a todos y cada uno de sus miembros tanto un pasado como un futuro»³.

Conviene reiterar que el hecho de que la mayoría de pasados y presentes históricos sean creaciones artificiales no las hace menos «reales». Las identidades son muy reales para quienes las viven como tales, creen en ellas y, en virtud de las mismas, son movilizados por sus líderes para combatir a los rivales. Pero más que ese hecho bastante obvio, lo que me interesa destacar aquí es que el cultivo de una identidad exclusiva propia —y la posibilidad de usarla incluso como arma contra otros— no es en absoluto un ejercicio inocente. Nadie puede simplemente extraer costumbres del pasado enterradas o vínculos históricos perdidos como los que los populistas actuales y la familia tribalista en general asumen como señas de su identidad. No hay unos elementos previamente existentes y constitutivos de sus personalidades y naciones, sino rasgos que han sido modelados y cultivados.

Cuando esto se hace con una intención estratégica, podemos hablar de «tribalismo inventado». Ese tribalismo creado se convierte así en parte de un cínico jue-

go de poder en el que unos líderes políticos sacan partido de un sentimiento de pertenencia para movilizarlo contra unos enemigos concretos. Así describe Amy Chua cómo el tribalismo se ha convertido en un nuevo componente central de la política mundial:

El tribalismo continúa siendo una fuerza muy potente en todas partes; de hecho, en años recientes, ha comenzado a provocar desgarros en el tejido de las democracias liberales del mundo desarrollado e, incluso, en el orden internacional liberal de la posguerra. No se puede entender de verdad el mundo actual ni hacia dónde se dirige este sin admitir antes la fuerza del tribalismo. Lo único que conseguimos no reconociéndola es fortalecerlo todavía más⁴.

Cuando cultura e identidad se emplean deliberadamente con fines políticos, decimos que se está haciendo «política identitaria». La política identitaria prolifera actualmente por doquier, y no solo en Europa. Es importante destacar, no obstante, que el modo en que uso el término «política identitaria» en este libro guarda una relación bastante tenue con el actual debate sobre la política de la identidad en Estados Unidos, donde las minorías —de inclinación izquierdista— suelen ser acusadas de estar demasiado centradas en sus propios agravios particulares y, por ello, de desatender las cuestiones de interés más general para el conjunto de la sociedad⁵. Lo que una y otra de esas dos formas de política identitaria sí tienen en común es la peligrosa tendencia a anteponer la identidad o la cultura a la políti-

ca. ¿Por qué es una tendencia problemática? Porque los proyectos y argumentos *políticos* se prestan a ser objeto de debate, pero tanto la *cultura* como la *identidad* pertenecen a una esfera diferente donde las posturas son a menudo imposibles de debatir o criticar. Volveré sobre esta cuestión más adelante, pero es esencial dejar claro ya en este punto que, cuando alguien desplaza un proyecto del plano político al identitario o cultural, lo abstrae del discurso político corriente y lo blinda dentro de un compartimento reservado donde presuntamente se vuelve inmune a la crítica y a las objeciones. Un movimiento o una propuesta políticos siempre son susceptibles de debate, pero un proyecto cultural o identitario, por el simple hecho de estar basado en las emociones, se sustrae inevitablemente a toda discusión.

El discurso tribal e identitario abarca la totalidad del espectro político. Hay quienes llaman al populismo y al nacionalismo «la política identitaria de la derecha»⁶. Pero existen también casos híbridos, como el del secesionismo en Cataluña, en el que unas fuerzas autodenominadas progresistas utilizan a menudo la misma clase de retórica excluyente que tanto gusta a los nacionalistas de derechas.

En ambos casos, cuando los políticos en campaña se valen de la identidad para potenciar su popularidad y su poder, el miedo y el alarmismo son ingredientes esenciales de su receta. En general, las técnicas empleadas son exactamente las mismas, tanto si su finalidad es nacionalista como si es separatista. Pero para que esa

movilización de la identidad funcione, es necesario negar que tal movilización se esté produciendo.

Muchos movimientos tribalistas contemporáneos se han esforzado en guardar las apariencias y negar que mantengan conflicto identitario alguno con los unionistas españoles, con los inmigrantes musulmanes, con la élite de la Unión Europea o con los llamados «liberales cosmopolitas». Incluso cuando Donald Trump movilizó astutamente a su electorado contra la «ciénaga de Washington» en 2016, entró también en juego la política identitaria. Lo mismo podemos ver cuando Viktor Orbán denigra a George Soros, a los migrantes o a la UE, o cuando quienes hacen campaña por el *brexit* invocan el concepto de «traición» al hablar de sus oponentes, los *bremainers*, a quienes acusan de ser unos traidores antipatriotas seducidos por los ideales federales europeos⁷. Desde su punto de vista, el internacionalismo representa una puñalada por la espalda a la verdadera nación británica, a la que supuestamente le iría mucho mejor yendo por libre.

Ese mismo énfasis en la traición ha sido aplicado estratégicamente también por el movimiento secesionista en Cataluña. Las alusiones a la traición y la deslealtad afloran reiteradamente en sus referencias a los unionistas catalanes y a la oposición de estos a la independencia.

La política identitaria y la retórica tribalista que la acompaña son menos exigentes desde el punto de vista cognitivo que las apelaciones a una mayor unidad y colaboración. Supone una apelación a nuestros bajos instintos y, a menudo, a la sangre, la historia y el territorio,

con lo que nos libera de la esforzada tarea de concebir maneras de salvar las diferencias culturales. Como bien ha escrito Timothy Garton Ash: «Los populistas cuentan un relato simplista sobre cómo cerrando las puertas de entrada nacionales y “recuperando el control” se conseguirá restaurar un imaginario pasado dorado de buenos empleos, familias felices y una comunidad nacional más tradicional»⁸.

Pero, aunque Ash se refiere aquí más directamente a los activistas de la campaña por el *brexít*, el guion es el mismo que el que siguen los otros tipos de proyecto de política identitaria que se analizan en este libro. Solo se necesitan unos ligeros retoques para adaptarlo a las circunstancias.

Las campañas identitarias modernas se han profesionalizado muchísimo. Hoy en día, se deja muy poco al azar cuando se trata de atraer a votantes y seguidores. Las campañas se fundamentan en unas líneas argumentales bien diseñadas, elaboradas a menudo por empresas especializadas donde trabajan asesores y estrategias profesionales muy bien remunerados y formados en las mejores universidades. Aun sin entrar en la cuestión de los troles profesionales y de los algoritmos ideados para manipular la opinión de las personas, la base psicológica de eso que podríamos llamar el «moderno tribalismo de diseño» se ha convertido en un «gran negocio neurológico», como muy reveladoramente lo describe Chua en su reciente libro *Political Tribes*. En él, habla del «lado oscuro del instinto tribal», aquel que estrategias y líderes autoritarios explotan cuando elaboran

campañas dirigidas a jugar la carta de la «vinculación emocional del grupo» y a «deshumanizar» a los oponentes de este⁹.

Ese probablemente sea el motivo exacto por el que los «tribalistas» suelen tachar a sus críticos y adversarios de traidores¹⁰. Traición y deslealtad son palabras mayores, y su repetido empleo muestra hasta qué punto las alusiones identitarias suelen ser un constructo cuidadosamente diseñado para lograr unos objetivos políticos específicos. La crítica es peligrosa para el identitarismo, porque revela la ausencia de una esencia propiamente dicha en su proyecto; quienes tratan de desacreditar a los críticos de ese modo recuerdan así a los franciscanos que, en la novela de Umberto Eco *El nombre de la rosa*, de 1980, trataban de erradicar la risa y la ironía. La ironía marca una distancia crítica con su objeto y, como puede rayar en la ridiculización, suele ser considerada peligrosa y un objetivo que debe abatirse a toda costa. Pocos tribalistas han sido capaces de tolerar la ridiculización o la sátira: dan fe de ello los frecuentes esfuerzos de los líderes autoritarios por prohibir los medios de comunicación críticos y a los caricaturistas satíricos. He ahí el caso (un tanto extremo) de Xi Jinping, máximo mandatario chino, quien, al parecer, prohibió Winnie the Pooh en su país porque un programa de entrevistas estadounidense hizo una broma comparando a Xi con dicho personaje infantil.

La identidad ha sido utilizada como instrumento de movilización contra un enemigo en muchos contextos diferentes a lo largo de los siglos, sobre todo en las gue-

rras. Sin embargo, rara vez se habla del tono beligerante de muchas figuras del identitarismo, desde los secesionistas hasta los *brexiteers*. Estos últimos sostienen, por ejemplo, que el Reino Unido es demasiado diferente tanto cultural como históricamente del resto de Europa como para ser un súbdito más de la Unión Europea¹¹. Los secesionistas en Cataluña afirman que la lengua, la historia y la cultura catalanas son tan particulares (y han sido tantas veces reprimidas) que no solo resulta necesario que cuenten con un Estado propio que las proteja, sino que también —mientras esperan a que eso ocurra— precisan la casi total erradicación de la lengua española del sistema educativo catalán¹². Según Nacho Martín Blanco, parlamentario autonómico catalán, «Cataluña tiene el dudoso honor de ser el único lugar en el mundo occidental donde la mayoría de la población no tiene siquiera la opción de matricular a sus hijos en escuelas que enseñen en su lengua materna»¹³. Ni siquiera en el País Vasco, otra región española afectada por un problema parecido, la situación ha llegado tan lejos.

La sustitución de la política por la identidad o la cultura es un arma muy poderosa, pero muy explosiva también. Es poderosa porque, al anteponer la identidad y la pertenencia étnico-cultural a todo lo demás, plantea la existencia de un estrato mucho más profundo, inocente y puro situado *más allá de lo político*. Y es peligrosa porque quienes la proponen se niegan a admitir la naturaleza política de sus posiciones, lo que significa que no admiten que son posiciones discutibles y con las que es perfectamente posible discrepar.

Además, el tribalismo y el etnocentrismo no se limitan únicamente a los movimientos secesionistas o a la percepción que los radicales conservadores británicos tienen de la relación entre la Unión Europea y el Reino Unido. Son fenómenos de un alcance mucho mayor.

La retórica tribal y la política identitaria son sistemáticamente desplegadas por demagogos iliberales como Viktor Orbán, quien hace pública afirmación de la singularidad cultural húngara atacando al mismo tiempo a los «extranjeros», a los judíos y a todo aquello impregnado del más mínimo aroma de cosmopolitismo. En su caso, el gran enemigo es la «élite liberal», presentada como un grupo de insensatos globalistas que imponen los valores del multiculturalismo y la tolerancia a los pobres e inocentes húngaros.

La diferencia nacional —que Orbán ha intensificado con un fuerte aderezo de cristianismo para sumar apoyos entre las generaciones de más edad— se presenta así como algo valioso que ha de ser protegido de una enfermedad invasiva. La sociedad húngara era un mar de esperanzas cuando se liberó del yugo soviético treinta años atrás. Bajo el mandato de Orbán, sin embargo, no solo ha acogido de buen grado la política identitaria, sino que incluso ha vuelto la espalda a los valores fundamentales de la democracia.

Todos los proyectos identitarios hasta aquí descritos buscan transformar la identidad para que deje de ser un mero sentimiento histórico pasivo y se convierta en un arma activa contra otras formas más inclusivas de nacionalidad —la del modelo español, por ejemplo—,

contra la europeización o contra la globalización. Y en pleno desastre de la gestión de la cuestión migratoria en Europa, que ha puesto en entredicho el hasta hace poco exitoso régimen de fronteras abiertas regulado por el Acuerdo de Schengen, hoy vuelven a levantarse y proponerse nuevos muros y vallas por todo el continente.